

MI RECUERDO AMOROSO DE DON ALFREDO CAZABAN

Por Lorenzo Polaino
(Cronista Oficial de Cazorla)

TENGO de don Alfredo Cazabán un bello recuerdo a título de herencia. Me explicaré:

Mi buen padre, que en gloria esté, don Miguel Polaino Gil, abogado y secretario judicial —como mi abuelo lo fue antes y como ahora lo soy yo: tradición de familia— compartía sus quehaceres profesionales con sus aficiones literarias: formando parte de un grupo de paisanos y amigos contemporáneos, entre los que me es grato citar a don Agustín Salcedo, «el viejo», a don Medardo Láinez, el cronista, a don Mariano Segura, sin homónimo, y algunos más de la generación que les precedía —don Antonio Muñoz y Ruiz de Pasanís, don Isicio Ortega Muñoz, don Juan Pablo García, don Eugenio Martínez de la Torre, etc.— concurría a la tertulia literaria que se reunía en la sacristía de la iglesia del Carmen en invierno, o en el emparrado jardín contiguo durante el estío, y allí hablaban de lo divino y de lo humano, en un elegante torneo de lucida erudición y fácil oratoria.

Mi padre alentó los periódicos y revistas cazorleños que se publicaron por su tiempo, hasta tomarlo en cierta ocasión, equivocadamente, por mentor de alguno de ellos —véase «Renovación», 3-8-30— y colaboró luego en «El Adelantado de Cazorla», como don Agustín; participó antes, y después dirigió compañías teatrales de aficionados locales, entre ellas la última de la anteguerra, cuyos componentes, en su mayoría, aún viven, como don Medardo; defendió los valores espirituales y los

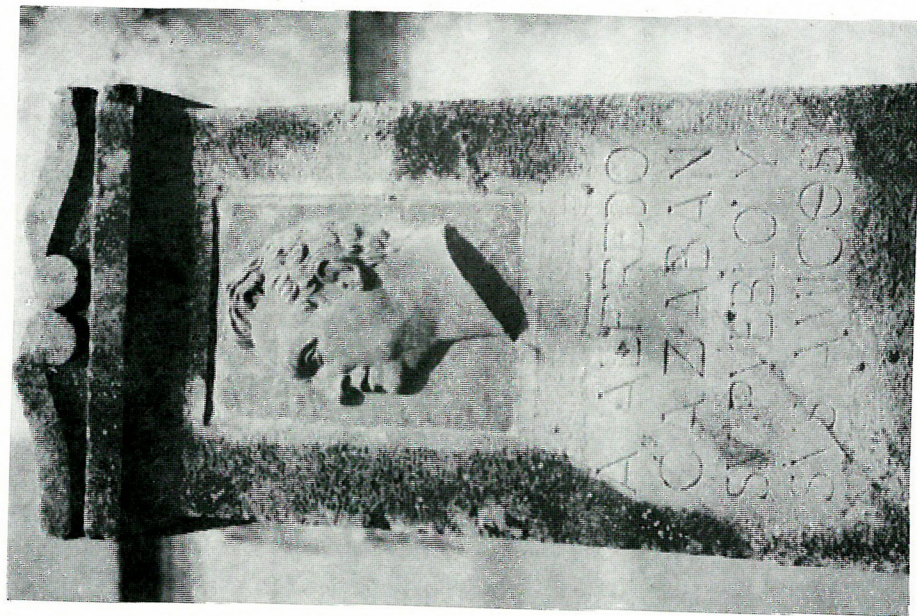
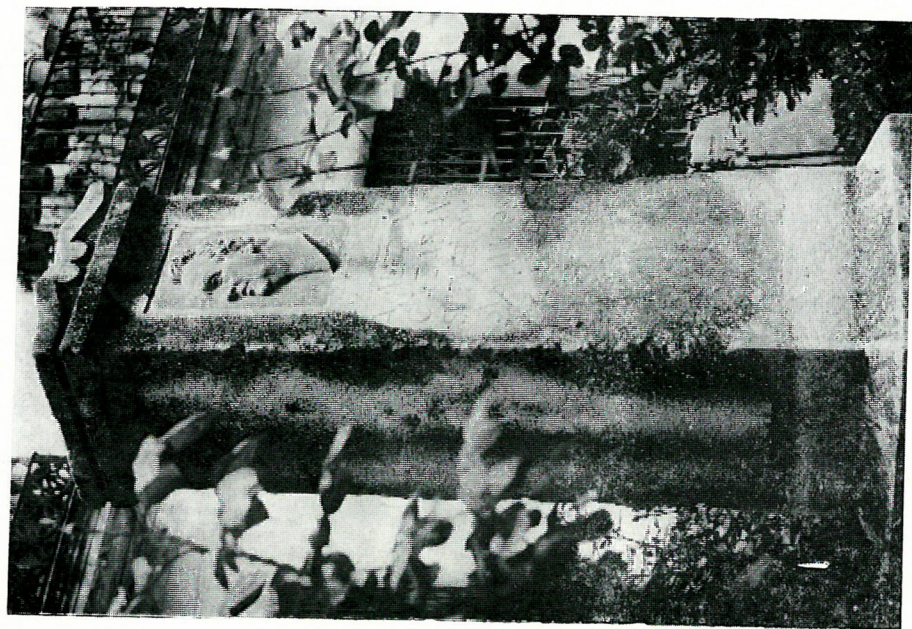
monumentos históricos de Cazorla, contra todo atentado, como don Mariano. A don Agustín, a don Medardo y a don Mariano les han honrado sus buenos paisanos, después que ellos murieron ya ancianos, rotulando con sus nombres sendas calles cazorleñas; a mi padre le honraron en vida sus otros paisanos, cuando aún no era viejo, con persecuciones y martirios hasta concederle el honor de morir por Dios y por España.

Cuanto antecede viene a cuento para explicar y comprender la gran admiración que mi padre tenía por los más ilustres comprovincianos de su tiempo, con los que le unía estrecha amistad: Ramírez Tomé, Gallego Díaz, Manuel Muro, Alfredo Cazabán..., de todos los cuales me hablaba siempre en mi mocedad, haciendo justas alabanzas de su mucho saber, de sus galanas plumas y de sus culturales tareas. Así aprendí yo, que ya iniciaba inquietudes de este tipo, a admirarlos, respetarlos y quererlos por su fama, aun antes de conocerlos en persona.

* * *

A don Alfredo Cazabán lo conocí, según creo recordar, en el verano de 1928, cuando yo era a la sazón estudiante por la Universidad de Granada; y lo conocí en una de sus frecuentes visitas a Cazorla, y en el maravilloso marco de la plaza de armas del castillo de La Yedra, donde el señor de la castellanía, don Miguel Marín, con cortesía de viejo político, ofreció un refresco a sus más cultos amigos, cuyos nombres antes he citado, entre los que me colé con gran osadía, al amparo del ilustre cronista giennense, que me concedió el honor de su amena y documentada conversación durante largo rato, quizás extrañado, como yo me extrañaría ahora, de que un mozalbete, que aún no había cumplido los veinte años, se interesara por cosas tan anticuadas como la arqueología y el arte, la literatura y la historia de Cazorla y su Adelantamiento.

En aquella ocasión fue, si la memoria no me es ingrata, cuando don Manuel Muro me contó la segunda de las tres variantes legendarias de la popular frase de «Salir por los cerros de Ubeda»; la primera la había leído yo poco tiempo antes en un bello y breve trabajo de «Indibil de Ebdete», y la tercera la escuché más luego del mismo Cazabán, tras un acto en homenaje póstumo a don Manuel Muro. Las tres inte-



Dos aspectos del monumento en memoria de Alfredo Cazabán, en Ubeda.

resantes versiones del mismo dicho popular fueron después — ¡hace ahora veinte años! — reproducidas por mí, indicando las fuentes de su información, en las páginas de la recordada revista «Ubeda».

* * *

Si don Alfredo Cazabán no tuviera para recibir mi homenaje y pleitesía otros títulos además de los ya citados, que los tenía, le bastara su amor a las tierras, a las cosas, a los hombres y a la historia del Adelantamiento para que yo se los rindiese. En la colosal tarea, capaz de prestigiar toda una vida, que supone la dirección, publicación y financiación de «Don Lope de Sosa», con sus dieciocho años de existencia y sus doscientos dieciséis números publicados, a cual más interesante, la revista recoge hasta sesenta y ocho trabajos sobre aquella marca histórico-geográfica aludida, trabajos que yo he clasificado así: sobre Cazorla misma, quince; sobre la Sierra, once; sobre Quesada y Tíscar, doce; sobre otros lugares y fortaleza, diez; sobre el Adelantamiento en general, nueve, y sobre cazorleños ilustres, once.

De ellos, no menos de quince aparecen con su firma, y hasta veintidós con el seudónimo de «Don Lope». La lectura de estos trabajos me ha deleitado largas horas de mi existencia, y en sus textos he encontrado enseñanza, datos y orientaciones valiosísimas para mis propias investigaciones posteriores sobre la misma temática.

Porque tengo la gran satisfacción de poseer una colección totalmente completa de «Don Lope de Sosa», el más preciado regalo que recibí con motivo de mi casamiento, obsequio que me hizo otro buen amigo de mi padre, el sabio médico, cultísimo humanista y caballero sin tacha, que se llamó en vida don Lorenzo Fages. Reiteradamente y desde los más diversos lugares —España, Inglaterra, Alemania y Norteamérica— han pretendido que les cediera esta preciosa colección; naturalmente con resultado negativo: un valor espiritual tan grande como el que ella supone, no puede cotizarse en pesetas o en esterlinas, en marcos o en dólares.

* * *

La última vez que hablé con don Alfredo fue con ocasión del homenaje póstumo a que antes he aludido, ofrecido por Ubeda a quien fue hasta poco antes su cronista oficial. Tuvo lugar el día 21 de julio

de 1930 —¡hace ya cuarenta años!— en la recoleta placita llamada tradicionalmente «Claro Bajo de San Isidoro», y desde entonces «Plaza del Cronista Manuel Muro». En el solemne acto del descubrimiento de la lápida toponímica hablaron don Rafael Gallego Díaz, presidente de la sociedad los «Amigos del Arte» y promotor de tan honrosa iniciativa; don Alfredo Cazabán Laguna, cronista oficial del Santo Reino, y don Guillermo Rojas Galey, alcalde de la ciudad. Fue para mí una fecha memorable, pues entre aquella pléyade de claros varones, tuve el honor de hablar también, por primera vez en mi vida y a pesar de mi juventud, en nombre de Cazorla, patria chica del insigne polígrafo fallecido. La crónica del acto perpetuó su recuerdo en las páginas del diario «La Provincia», por la pluma de don Ricardo Bajo, y también en la sección titulada «Pues sabrás Inés, hermana...», de «Don Lope de Sosa» —número 211, página 200.

Mi juvenil estreno en estas lides de resaltar oral y públicamente los valores cazorleños, espirituales, materiales y humanos, está, pues, ligado al amoroso recuerdo de don Alfredo Cazabán. ¡Buen maestro en tamañas empresas!